RAZAS Y RACISMO

POR

MANUEL FRAGA IRIBARNE

He aquí un tema, vivo e inmenso, que sin duda tardará en poder ser abarcado en su totalidad, al menos de un modo científico, es decir, a partir de principios evidentes, y de modo sistemático, o si se prefiere, funcional. El sociólogo, como ha dicho GINSBERG, «se encuentra abrumado por una masa de material que no puede dominar, y por la presencia de numerosas teorías que percibe como unilaterales, que están sostenidas por especialistas de los distintos campos». Piénsese en la cantidad de elementos heterogéneos y elaborados desde distintos puntos de vista en la «Zeitschrift für Rassenkunde» o en el «Archiv für Rassen und Gesselschaftsbiologie», o asómese simplemente a los tendenciosos pero impresionantes volúmenes de la obra de L. SCHEMANN, «Die Rasse in den Geisteswissenschaften» (1928-1930), o a alguna de las ediciones del libro en su día clásico de GÜNTHER, «Rassenkunde des deutschen Volkes» (por ejemplo, la 15.ª, de 1930). Será inmediato el concluir que una obra verdaderamente importante sobre el tema sólo podrá ser el trabajo de un equipo bien conjuntado y dirigido, en el que haya especialistas de los distintos métodos (biológico, psicológico, estadístico, económico, geográfico, histórico, sociológico, etc.), que deben contribuir a desentrañar el gran complejo; dispuestos a trabajar mucho durante largo tiempo y con gran desinterés. Algo así se ha intentado ya por el grupo de los profesores norteamericanos Jen-

nings, Berger, Moore, Hrolicka, Lowie y Klinesberg, cuyo excelente libro ha sido traducido al castellano en Buenos Aires (1946), con el título «Aspectos científicos del problema racial»; pero todavía estamos en el período de ensayo e iniciación.

Ahora bien: la urgencia de precisar algunos criterios sobre tema de tamaña vigencia no puede ser bastante encomiada. Por ello es preciso preparar el terreno rápidamente a la futura síntesis, con las oportunas monografías, huyendo del tópico y el dato oficial, que aun llenan de tinieblas buena parte de las zonas a estudiar, y por otro lado, es igualmente necesario que se hagan sistematizaciones provisionales del material conocido, integrándolo dentro de lo demás que se sabe de la sociedad y sus problemas. Finalmente, hay que aproximar los criterios puramente inductivos a las exigencias superiores de la Moral y de la Religión, que nos anticipan con certeza cauces y límites que no podrán ser rebasados en ningún caso. Con estas limitaciones creemos que hay cabida para un breve ensayo sobre generalidades (1).

En este sentido, ante un mundo *lleno* de *racismos* diversos (o sea, como dice ALONSO DEL REAL, «regulaciones del ordenamiento social en virtud de diferencias raciales») habría que pasar breve revista a alguna de sus formas y características más significativas: relatar y explicar su etiología y su historia; analizar sus explicaciones y sus repercusiones psicológicas, económicas, sociales, etc.; y concluir hasta donde sea posible la índole causal (o mejor, funcional) de estas implicaciones en el complejo social; ver, en fin, si son «razones suficientes», o simplemente, derivaciones o síntomas de otros fenómenos que se puedan corregir. Agotar, pues, el análisis científico de las «vivencias diferenciales», para ver si se reducen o no a «diferencias somáticas» o a cualesquiera otras causas, suministrando adecuados elementos de juicio para una política racial, o racista, verdaderamente científica. Claro es que al llegar al punto final no serían criterios puramente sociológicos, sino a la vez tomados de la Moral y el Derecho Natural los que nos permitirían establecer qué cosa debemos entender por *igualdad* y *desigualdad* en los hombres, y asimismo, los medios y métodos para prevenirla, corregirla, encauzarla o dirigirla.

Esto supuesto, volvamos al punto de partida: el *complejo racial*. Así, como un laberinto donde se entrecruzan las vías, y en todas direcciones, hay que ver el problema. Los hombres difieren

(1) Que podría ser el prólogo extenso a mi resumen sobre «Razas y racismo en Norteamérica», o la parte general de una serie de trabajos de sistematización similar por zonas geográficas o políticas.

somáticamente entre sí, y algunos de sus caracteres diferenciales se transmiten por herencia; ya aquí nos asomamos al mar sin fondo de las combinaciones mendelianas, a las que se suma la posibilidad de mutaciones y variaciones *per saltum*. A su vez, es dificilísimo establecer la diferencia entre caracteres que se repiten con suficiente homogeneidad en un grupo, como para hablar de herencia racial y no de pura herencia individual o familiar. Ya aquí se advierte que el concepto mismo de raza está en el puro orden lógico; sin entrar en la polémica de los *universales*, no cabe dejar de admitir con el gran psicólogo L. L. BERNARD que «el *hecho* de la raza es biológico, pero el *concepto* de raza es sociológico». «Es decir, la organización conceptual de los caracteres biológicos en una unidad colectiva racial es sociológica, no biológica.» Y el mismo autor añade que incluso la unidad biológica de la raza es una abstracción. «Su unidad no es más que una abstracción que existe como un término medio estadístico en nuestras mentes, sin una unidad objetiva completa»; hasta el punto de que «siempre los caracteres extremos dentro de una raza aparecen más diferentes que los intermedios de dos razas cualesquiera». Es famosa la anécdota mencionada por RIPLEY, de lo que le ocurrió al gran antropólogo racista G. AMMON: cuando fué a buscar unas fotografías que ilustrasen su descripción del «homo alpinus», tuvo que confesar su decepción después de múltiples pesquisas: «todos sus braquicéfalos eran o rubios o altos o de nariz ancha y poseían alguna otra cosa que no debían tener». Pero no hace falta recurrir a lo anecdótico: baste con observar la enorme diversidad de los criterios establecidos y la variedad de las clasificaciones. Unos parten del color de la piel; otros, del ángulo facial; otros, de la forma del cráneo, y la lista sería interminable: la estructura del cabello, el índice nasal, la estatura, la capacidad craneana, el peso cerebral, la estructura de la corteza cerebral, etcétera. Con estos criterios, solos o combinados, resulta que unos admiten 3 razas, otros 4, otros 5, otros 32, otros 60. La clasificación de SERGI comprende 3 géneros, 11 especies y 41 variedades; la de DENIKER, 6 grandes divisiones, 13 subdivisiones y 29 razas; RUGGERI distingue 8, subdivididas en 43, y HADDON, 3, con 36 subclasificaciones. Lo curioso es que todos estos criterios tienen tales quiebras, que hoy, al parecer, el menos malo es el que se refiere a la estructura del pelo, lo cual ya no está mal como punto de partida.

Pero estamos sólo en el principio del embrollo. Los caracteres raciales, sin duda alguna, son a su vez función de otros factores, como por ejemplo, el medio geográfico. Podemos prescindir aquí de la hipótesis verosímil de que originariamente las diferencias ra-

ciales tengan todas este origen; pero hoy es un hecho probado que razas más o menos establecidas desde siglos se alteran al cambiar de medio. Las investigaciones del profesor FRANZ BOAS, de la Universidad de Columbia, como consecuencia de la iniciativa de una Comisión nombrada por el Congreso de los Estados Unidos, el 20 de enero de 1907, no dejan ningún lugar a duda, por haberse realizado en centenares de casos controlados en los inmigrantes europeos y sus descendientes. El índice cefálico de los sicilianos en Europa es de 78, pero sus descendientes tienen en Norteamérica una media de 80. La media de los judíos europeos es de 84; pero sus descendientes en América tienen un índice cefálico medio de 81. La diferencia de los cráneos de sicilianos y judíos es 6 en Europa y 1 en América; y esto en un elemento a primera vista bien distante de la influencia directa del medio.

No importa ahora aquí analizar a fondo estos datos, que, sin embargo, con GOLDENWEISER podemos dar por adquiridos para la ciencia. Baste sólo la comprobación de que, aun de acuerdo sobre criterios básicos de clasificación, estamos lejos de habérnoslas con una variable independiente en el juego de los factores sociales.

Pero no hemos hecho más que empezar. Escribiendo hace una cincuentena un ilustre racista, VACHER DE LAPOUGE, calculaba que los antepasados de un hombre de nuestro tiempo, sólo hasta los tiempos de Jesucristo, no podían ser una cifra inferior a 18.014.583.333.333.333. Quien tenga paciencia para hacer semejante comprobación matemática de su árbol genealógico, que la haga; lo admirable es que, después de hacer esta afirmación, se pueda hablar de racismo. Las «razas puras» no son una *abstracción* (como es la *raza*): son un *mito*. La mezcla racial va más allá de todo lo que cabe imaginar. El hombre, gran viajero, hace mucho que ha fundido todas las estirpes en un «melting job» gigantesco. «La raza pura fué alguna vez un hecho —dice GOLDENWEISER—, pero esto fué hace mucho tiempo. Después pasó a ser un mito. Recientemente el mito ha venido a convertirse en una pesadilla, y el tiempo está más que maduro para despertar.» Hoy podemos ver la enorme relatividad del concepto de raza en esa frase famosa que es el *color* y sus compuestos: hombre de color, gente de color, barrera de color, etcétera. A partir de un tipo falsamente llamado *blanco*, se distinguen sin discriminación sus mestizos con gente de un supuesto *color*, como siendo todos *coloreados* y distintos de la raza elegida.

Pero no nos adelantemos. Sigamos sacando serrín de la caja-sorpresa del complejo racial. Resulta que esta distinción somática entre grupos humanos, más o menos arbitraria, más o menos here-

ditaria, más o menos variable según el medio (y otros factores), más o menos afectada por la mezcla, se entrecruza además con todos los demás factores de la estructura social. Así, puede ocurrir que entre grupos raciales distintos haya barreras matrimoniales; pero en este caso no es la *raza*, sino la *barrera* lo que interesa. No hay razón especial para suponer que entre patricios y plebeyos hubiera grandes diferencias raciales, pero también era posible el «connubium». En cualquier sociedad, por racialmente homogénea que la supongamos, hay barreras al matrimonio, más o menos salvables; los duques, como es sabido, sólo se casan con las obreras en los folletines. A su vez, en muchas ocasiones no hay barrera racial al «connubium», o si la hay, puede ocurrir que la sanción sea de muchos grados (mero apartamiento social, prohibición legal, etc.). En todo caso, repetimos, la barrera es una superestructura social, que a su vez repercute sobre la infraestructura biológica.

Y análogamente, con frecuencia hay diferencias económicas entre los varios grupos raciales de una sociedad. Puede ocurrir que esta diferencia sea consecuencia de una conquista u ocupación militar, en que el conquistador se establece como estamento señorial, que, verbigracia, monopolice la tierra; puede ser resultado simplemente de la mayor preparación técnica de inmigrantes que proceden de países de cultura superior; puede ser producida por una organización social tácita para la *segregación*, que discrimine los salarios y los empleos con criterios raciales (como ocurre en los Estados Unidos); puede estar reforzado por la r presión violenta de sociedades secretas (como el Ku-Klux-Klan y otras análogas), o confirmada en las leyes del Estado (como la Colour Bar Act, en la Unión Sudafricana). En todo caso, tenemos lo mismo: que, salvo un control severísimo (que en los casos límite es siempre problemático), el criterio racial se limita a subrayar otras diferencias, y en todo caso se superpone a éstas, que a su vez se interinfluyen. El «blanco pobre» puede optar por solidarizarse con el negro (como es hoy la consigna comunista) o intenta hacer repercutir sobre él su propia miseria (como hacen los boers en Africa del Sur), y a su vez, el blanco rico puede abrir sus brazos y sus círculos sociales más impenetrables a un mestizo rico, si posee imponentes minas, como Simón Patiño, o le pesan en brillantes, como al Aga Khan. Así, con razón ha podido decir AIDA COMETTA MANZONI, en su recentísimo libro «El problema indio en América» (Buenos Aires, 1949) que «para nosotros, el problema indio es un problema de clases, no un problema racial». Frente al planteamiento que se le da en los Estados Unidos, donde la política de *reservas* es un claro índice de un prejuicio ra-

cial arraigado, hasta hacerse compatible con la filantropía, la autora afirma que en la América española «los prejuicios raciales resultan absurdos. Claro que los hay, pero en una minoría que, en realidad, no cuenta. Allí el indio y el mestizo, el cholo, forman una clase, la clase explotada por el latifundista, que constituye la clase explotadora», y concluye que «indio, en América latina, es el desposeído de todo bien material, el que vive sometido a una clase poderosa, que usufructúa de él en forma arbitraria. No es raro, por consiguiente, que muchos blancos pertenezcan a esta clase. Como no es raro encontrar cholos adinerados, con más del 50 por 100 de sangre indígena en sus venas, convertidos en magnates expoliadores de un proletariado indígena». No importa ahora ver lo que en estas frases haya de generalización excesiva o injusta: baste con retener el hecho evidente, del que se podrían citar ejemplos infinitos.

Y conste que sólo hemos aflorado los síntomas externos de la segregación o discriminación social (que según HERTZ, el autor de «Raza y Civilización», son el «connubium», la negación de «una probabilidad honesta de elevación social», y la imposibilidad del «comercio social»). Toda clase de factores sociológicos: religiosos, mágicos, sexuales, económicos, políticos, etc., se entrecruzan, y hacen del complejo social un fortín a primera vista inexpugnable. Sigamos, pues, la preparación artillera, para abrirle algunas brechas más.

Los pueblos no viven en una Humanidad *abierta*, sino en un mundo político acotado por unidades más o menos autónomas. En la enorme variedad histórica de las formas políticas, el complejo moderno Nación-Estado basta para poner ante nuestra imaginación cómo, en todos los tiempos, atrincherados bajo determinadas concepciones, fronteras, aduanas y fortalezas, grupos humanos han pretendido elevar a raciales, diferencias políticas, o al contrario, trazar fronteras y políticas de asimilación a través y por encima de diferencias reales. En este sentido, MAX WEBER ha podido estudiar en capítulos contiguos los grupos étnicos y los grupos nacionales, subrayando que el sentirse parte de unos u otros es con frecuencia el resultado de elementos subjetivos, que pueden ser puros prejuicios. «Llamaremos *grupos étnicos* —dice en su gran obra «Economía y Sociedad»— a aquellos grupos humanos que, fundándose en la semejanza del hábito exterior y de las costumbres, o de ambos a la vez, o en recuerdos de colonización y de migración, abrigan una creencia subjetiva en una procedencia común, de tal suerte que la creencia es importante para la ampliación de las comunidades.» Y el gran sociólogo subraya que la comunidad biológica sólo puede ser

controlada de un modo efectivo en pequeñas comunidades, como es el *clan;* y que en grupos más extensos, separando otras afinidades, que no son evidentemente raciales (al menos por sí mismas), como la comunidad de lenguaje, de religión, de recuerdos histórico-políticos, sólo queda el *hábito* externo, unido a una idea de lo *decoroso*, o del *honor étnico*, que en todo caso introduce una nota psicológica trascendental en nuestro análisis.

Los grupos nacionales, en busca de una mayor unidad, y sobre todo, de un argumento de diferenciación y superioridad frente a las naciones vecinas o rivales, intentaron, sin embargo, con frecuencia argüir una base racial. Por difícil que fuese el intento, no es menos real; y de aquí una nueva complicación: a los hechos somáticos se quiso hacer corresponder determinadas características psíquicas, y el alma de la raza apareció como complemento o sustituto de un cuerpo no siempre localizable. Con razón HELLER, criticando el rabioso racismo que, a partir de una exaltación excesiva del nacionalismo, se había apoderado de muchos de sus compatriotas, observaba que en este intento de superponer al «Unterbau» biológico un «Ueberbau» psíquico, y a la «Rasse» una «Rassenseele», convertía un concepto que en principio se decía pertenecer a las ciencias de la naturaleza, en una Idea platónica. Y no sin cierta ironía, que si sólo la raza *pura* podía poseer la *pura* alma racial, venía a resultar, en fin de cuentas, que lo único que quedaba del racismo era el sustituir la maravillosa concepción cristiana del pecado original (cuyas consecuencias sociológicas expusieron admirablemente DONOSO y HAURIOU) por un dogma pagano, la maldición de la mezcla de razas. Donde el Cristianismo ponía, al lado de la Caída y de la Culpa, el correlato consolador de la Redención y de la Gracia, el terrible pesimismo racista colocó las cámaras de gas y los osarios de los campos de concentración. Este era el final de los trenos de Hitler cuando escribía: «la pérdida de la pureza de la sangre destruye para siempre la felicidad interior, degrada al hombre definitivamente y son fatales sus consecuencias físicas y morales».

Parece increíble, al llegar aquí, que una política racista que implicaba tan terribles decisiones como la liquidación de millones de personas a sangre fría, se haya podido adoptar arrancando de un concepto como el de *raza*, que ya hemos visto cuán complejo es. Asusta leer en teóricos del Nacionalsocialismo, como el pedagogo KRIECK, frases como ésta: «no es para nosotros cuestión decisiva la de saber hasta dónde ha llegado la etnología en sus investigaciones sobre la realidad e importancia de la raza. Baste saber que se revela como una potencia que invade íntegramente las organizaciones vitales,

los criterios, las tendencias y la Historia toda...» Así, simplemente: al mito por el mito, a la irracionalidad por la irracionalidad. Y este concepto de raza, el más ambiguo y complejo de todos, se puso como base de la Política y hasta de la Moral, destrozando la idea de Nación, porque, como dice HERTZ, las naciones están compuestas de diversos elementos raciales, y aun esta composición varía con el tiempo; barrenando el concepto de Estado, pues la raza es normalmente incompatible con la idea de la unidad del *pueblo*, base de la comunidad estatal; exacerbando, en fin, todas las diferencias sociales (en vez de unificarlas y armonizarlas), al suministrar un sello indeleble para la discriminación de familias, clases, regiones, economías, etc. Incluso la política exterior cambia totalmente de sentido. Un pueblo racista no puede expansionarse de un modo humano, ya que las razas inferiores no pueden ser asimiladas, y sólo cabe exterminarlas o reducirlas por fuerza en un sistema de castas. Con la particularidad de que el complejo racial, como todos los mitos, se va radicalizando progresivamente. Se empieza por el negro, se sigue por el mulato, luego por el judío, después el blanco meridional, y se termina en tragedia general, como en los Nibelungos. A su vez, las reacciones lógicas del despreciado embrollan más la madeja, y el «pandemonium» va «in crescendo».

Los autores que han rastreado en la Historia el origen del sentimiento racial coinciden en que no parece ser primitivo u originario: las primeras discriminaciones entre los hombres parece haberse basado más bien en distingos de índole mágica o religiosa. Cuando surge el «sentimiento racial parece que, en buena parte, es debido a diferencias y conflictos sociales» (HERTZ). En efecto, en Europa la esclavitud y la servidumbre fueron, hasta la Edad Media, fenómenos ajenos a la idea de raza; y los fenómenos de segregación social son más debidos a diferencias religiosas y de costumbres, que a sentimientos raciales. El *paria*, fenómeno universal, es siempre un *impuro*, como se puede ver en la sugestiva «Histoire des races maudites», de FRANCISQUE MICHEL. Juderías y morerías acotaban credos y no razas. Es ridículo ignorarlo y afirmar, como hace TREVOR DAVIES, que en España «en el siglo XVI el celo por la pureza de la sangre alcanzaba el nivel nazi, y los certificados emitidos por la Inquisición (¡!) llegaron a ser un preliminar prácticamente indispensable para toda carrera ambiciosa».

Realmente, en el mundo de la civilización cristiana el problema no empieza a plantearse con rigor hasta los Grandes Descubrimientos: la ocupación por los portugueses de la costa oceánica de Africa, su llegada a la India y, sobre todo, la conquista y colonización

de América. Los pueblos de Europa se enfrentan en gran escala con negros, indios, malayos, hombres de todos los colores y en toda la gama de la evolución social: grandes imperios, pueblos primitivos, tribus salvajes. En la gran gesta de la unificación del mundo se produce, entre otros fenómenos trascendentales, el choque de las razas.

Insistamos —hasta la pesadez, si es preciso— en que los fenómenos sociales son inextricablemente complejos, y en que del choque de razas al racismo hay todavía mucho trecho que andar. Indudablemente el capitán negrero que lanzaba al mar el *rosario* de sus cargamentos de ébano humano atado a un ancla debía tener en su negra conciencia una vaga idea de que aquellos hombres no lo eran en el mismo grado que él; pero esclavitud —con todas sus consecuencias— y racismo son cosas totalmente distintas. Mientras que en las colonias inglesas de Norteamérica se vendían esclavos irlandeses e ingleses, Shakespeare representaba «Otelo»; tipo nada imaginario en la Europa del antiguo régimen, pues Pedro I tuvo por General de Artillería al negro Aníbal, que por cierto fué abuelo del gran poeta ruso Puchkin; y el famoso Caballero de Saint Georges era más que mulato, lo que no le impidió brillar en la Corte de Luis XVI y ser íntimo amigo del Príncipe de Gales, más tarde Jorge IV.

Con todo, es evidente que la colonización, con la exigencia de mano de obra forzada en las minas y plantaciones, y su grave consecuencia, la trata de negros, influyó de modo poderoso en la formación del moderno complejo racial. Sobre las investigaciones de SCELLE, MOLINARI distingue tres períodos en este alucinante tráfico: las licencias (1493-1595), los asientos (1595-1789) y la libertad de tráfico (1789-1812). Durante más de tres siglos, hombres sin piedad compraron en Africa a las infelices víctimas de las «razzias»; las transportaron en condiciones infrahumanas, y las cambiaron por ron, melaza y oro en las Antillas; y llegaron a creer que traficaban con animales. Los blancos llegaron a estar tan convencidos de que los negros no *eran*, que la exhaustiva publicación de PETIT, NARANCIO y TRAIBEL sobre «La condición jurídica, social, económica y política de los negros durante el coloniaje en la Banda Oriental» (Montevideo, 1948), puede citar el hecho extraordinario de que, en el momento de la agresión inglesa al Río de la Plata, en 1806, Pueyrredón solicitó a su enemigo Popham, y éste obtuvo, efectivamente, del General en jefe Beresford, que dictase un bando para evitar que los negros se sublevaran aprovechando la anormalidad de la situación. Los enemigos, que días después habían de comba-

tirse duramente en Perdriel, no tenían inconveniente en aliarse para esto.

No importó que los teólogos condenasen duramente la trata y la esclavitud, como el gran Luis de Molina, Soto, Bartolomé de Albornos y, sobre todo, Alonso de Sandoval, el inmortal autor del libro «De instauranda Aethiope salute» (1627), obra de doble valor, por serlo del maestro y compañero de fatigas de San Pedro Claver. El complejo racial entretanto iba emergiendo de la propia situación de esclavitud: el artículo 238 de las Constituciones de la Universidad de San Marcos, de Lima, excluía a los «mestizos, zambos, mulatos y cuarterones», y ésta no era sino una muestra de las restricciones al «status» de los libertos, con lo que la tara de la esclavitud trascendía ya al mero hecho de la raza (V. la obra de PETIT y otros citada, págs. 364-365).

Hemos aludido a estos hechos por su enorme significación y para mostrar que no nos duelen prendas; porque si dura fué la opresión de la raza negra en el mundo hispánico, no tiene comparación con la sufrida en el mundo anglosajón u holandés, y en general, en las colonias protestantes. Los hechos son de sobra conocidos, y basta ver sus actuales secuelas, pero limitémonos a invocar aquí el testimonio irrefragable de J. H. OLDHAM, Secretario del Consejo Internacional Protestante de Misiones, y autor de uno de los libros más completos sobre el problema racial, «Christianity and the race problem» (1924). El autor reconoce que los católicos han sido más fieles en este punto al espíritu de la Cristiandad que los protestantes. Y otros muchos pensadores han confirmado este aserto, cualquiera que sea la explicación que le hayan dado. TOYNBEE piensa que los calvinistas se inspiraron demasiado en la idea del pueblo elegido y más en el Antiguo que en el Nuevo Testamento. MAEZTU explicó que sólo afirmando con valor el libre albedrío, como hizo España siguiendo la doctrina de Trento, se puede creer en la salvación posible de todos los hombres y todas las razas. KOHN ha pensado que la separación a la manera protestante de Religión y Política, fué fatal en este punto, como en otros muchos. HERTZ cree que lo decisivo a este respecto fué el continuar la Iglesia Católica siendo una institución supranacional, mientras que los protestantes se fueron nacionalizando y sometiendo al Estado.

Con todo (y distinguiendo el fenómeno de la trata de negros como especial), los europeos en muchos lugares no tuvieron inconveniente en fundir sus estirpes con las indígenas. La palma en este generoso experimento corresponde, sin duda, a España; pero tampoco los holandeses tuvieron inconveniente en fundirse con familias

de Indonesia, y los mismos ingleses lo hicieron en el Pacífico, con algún ejemplo tan notable como el de Nueva Zelanda. Pero la facilidad de los viajes, desde que se desarrolló la navegación a vapor, y en mayor escala aún desde la terminación del Canal de Suez, cambió los datos del problema. Las mujeres europeas participaron en mayor escala en la emigración, y al mismo tiempo fué posible que marchasen a las colonias tal cantidad de trabajadores blancos, que apareció una mano de obra civilizada, de «blancos pobres», en competencia directa con la indígena, surgiendo lo que ANDRÉ SIEGFRIED llama acertadamente «colonias de emigración», frente al tipo antes general de «colonias de explotación». Un ejemplo aún vivo de estas últimas es el Congo Belga, donde hay pocos blancos y todos en puestos directivos, por lo que el indígena está relativamente bien tratado, mientras que en la Unión Sudafricana el proletariado es el peor enemigo de los indígenas. Esto confirma que el prejuicio racial es debido predominantemente a causas sociales y económicas: la presencia de mujeres blancas cierra el paso al «connubium» con indígenas, por razones de puro prestigio social, y el reservarse los puestos mejores, negándolos a los trabajadores del país, es pura lucha económica.

Sin embargo, Europa vivía tranquila, lejos de estos problemas que su conquista del globo había creado. Pero un destino terrible preparaba el castigo: el racismo egoísta iba a surgir de pronto en su propio seno, con la lógica implacable de las tragedias griegas. Al fin, es vieja la sentencia de que la manera de pensar de los hombres es su destino.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX una pléyade de grandes pensadores europeos realiza una revisión de los valores culturales, que va a ser el punto de partida del Arianismo, que irá derivando hacia el Nordicismo y el Teutonismo: Sir William JONES, Federico SCHLEGEL, T. YOUNG, J. H. ROHDE, J. V. KLAPROTH, A. KUHN, J. GRIMM, F. A. POTT, F. MÜLLER, etc. Lejos estaban ellos de pensar en las leyes arias de Nüremberg, como lejísimos estaban, sin duda, los nobles franceses de la Epoca de las Luces de que una polémica política interna, en torno al problema de la igualdad ante la ley, que empezaban a pedir los ensoberbecidos burgueses que iban a hacer poco después la Revolución, iba a suscitar argumentos históricos que no mucho más tarde apuntalarían una terrible crítica de todo lo francés. Cuando el erudito CONDE DE BOULAINVILLIERS publicaba en 1727 los tres volúmenes sobre «Histoire de l'ancien gouvernement de la France», y pretendía justificar los privilegios de la nobleza por la conquista de las decadentes Galias romaniza-

das a manos de la superior raza de los francos, presentía tal vez que el ABATE SIEYES le refutaría en el célebre panfleto «Qu'est ce que le Tiers Etat», pero no las implicaciones que su tesis iba a tener desde GOBINEAU a ROSEMBERG. Lo cierto es que esta controversia (recogida y criticada en los libros de Augustin THIERRY, de Ernest SEILLIERE, de Jacques BARZUN) será la explicación de que un francés, el Conde José Arturo de GOBINEAU, fuese quien formulase en todo su vigor la moderna doctrina racista. GOBINEAU está aún en la línea de sus ilustres antepasados: defender los derechos de la «internacional patricia», del feudalismo europeo, frente a las corrientes democráticas. Pero va a ser el nacionalismo alemán quien se apropiará sus lúgubres trenos, que sonarán a coro con las trompetas wagnerianas. La mezcla de las razas va a dar la explicación de las catástrofes históricas y la clave de una especie de entropía social, al final del que —de no detenerse el proceso— «rebaños humanos, y ya no naciones, abrumados por una fatal somnolencia, estarán en adelante, paralizados en su nulidad, como los búfalos que rumian en los estanques pantanosos de la zona pontina...»

Esta línea reaccionaria y feudal del racismo (en la cual algunos han creído ver comulgar al judío Disraeli) fué pronto abandonada, incluso en Francia, donde VACHER DE LAPOUGE marca otra dirección. En la misma Alemania, por otra parte, el éxito fué rebasado con mucho por el libro de Houston Stewart CHAMBERLAIN, el yerno de Ricardo Wagner; parece que «Los fundamentos del siglo XIX» fué incluso el libro de cabecera de Guillermo II. Viejo ya, este inglés germanizado y teórico del II Reich, pudo saludar en Hitler al que él —lógicamente— creyó el salvador de Alemania. La antorcha estaba entregada.

Por otra parte, el racismo había ido, al mismo tiempo, minando una serie de campos, a veces distantes, pero convergentes. AMMON medía incansablemente los cráneos de los reclutas del Gran Ducado de Baden, en busca de la famosa dolicocefalia, mientras su amigo Vacher de LAPOUGE estudiaba el método de selección que permitiera salvar los elementos nórdicos de las sociedades modernas, donde al parecer todo les era hostil. En INGLATERRA bullía la escuela biométrica, con Sir Francis GALTON, que sostenía el carácter hereditario de la habilidad natural, y sobre todo, con Karl PEARSON, que volvía un poco al racismo de tipo reaccionario, defendiendo la situación privilegiada y exclusiva de las clases sociales y de las profesiones, proponiendo, incluso, que la educación fuese deliberadamente encaminada a mantenerla, diferenciándose por grupos a este fin. «Podéis esperar —escribe— tiempos en que la espada se conver-

tirá en arado, y el hombre blanco y el negro se repartirán el suelo entre ellos, y cada uno cultivará lo suyo a su manera. Pero, creedme, cuando ese día llegue la humanidad ya no progresará; no habrá nada que se oponga a la fecundidad de la raíz inferior; la ley sin piedad de la herencia no será controlada y guiada por la selección natural. El hombre se estancará y, a menos que cese de multiplicarse, la catástrofe surgirá de nuevo.»

De este modo la ideología racista se infiltraba en los entresijos del prejuicio social de toda índole, buscando refuerzo en toda suerte de intereses creados. Y frente al aparente auge de las doctrinas democráticas, la nueva clase «nantie», la alta burguesía, que en su tiempo había combatido el ingenuo racismo que ensalzaba la «sangre de los godos», instalaba ahora un racismo de colonizadores y hombres de presa, consagrando en su mayor pureza el dogma calvinista: riqueza es calidad y predestinación. Así pudo escribir L. STODDARD que «una población dada tiende a diferenciarse biológicamente cada vez más, pues las clases sociales más altas contienen una proporción siempre mayor de individuos naturalmente dotados de modo superior, mientras que las más bajas contienen, por su parte, una creciente proporción de inferioridad». Y así, mientras se prevenía contra la *marea creciente del color*, pretendía refutar a Marx desde un materialismo aún más radical que el suyo.

Cuando al fin en Alemania (tal vez por ser más consecuente) estalló la bomba del racismo racionalizado y en grande, el mundo se asustó. La verdad es que —y bueno es saberlo— también quedó claro que los excelentes técnicos de la propaganda antialemana descubrieron muy pronto que las masas ingenuas ven en seguida, si se les muestra, la radical maldad y falta de ética del racismo, es decir, de una ideología que «tiende a negar que ciertas razas tengan absolutamente nada en común, y o bien degrada a la raza despreciada a una categoría parecida a la del ganado, o la abomina como a unos animales dañinos y repulsivos» (HERTZ). Era justo indignarse con el antisemitismo, en lo que tenía de juego sucio, de consciente o subconsciente purgador de la conciencia social turbada, de búsqueda intencionada de un *chivo emisario* al que hacer responsable y sacrificar, hasta el punto de que se dice que los japoneses lamentaron mucho no tener judíos en número suficiente. No hace falta hacer recensión de los alegatos judíos, como el imponente de Cecil ROTH, «The Jewish contribution to Civilization» (1938); baste recordar que otro judío, Maurice SAMUEL, pudo señalar con voz profética el carácter decisivamente anticristiano y demoníaco del antisemitismo cuando decía: «Empiezan por escupir sobre los judíos ase-

sinos de Cristo, para poder escupir después sobre otros judíos que nos han dado a Cristo.» Tesis coincidente, como observa el buen abate Charles JOURNET, con la de los Papas, y expresamente aludida por el de feliz memoria Pío XI, en su alocución de 6 de septiembre de 1938 a los dirigentes de la radio católica belga: «No, no es posible a los cristianos participar en el antisemitismo... Somos espiritualmente semitas...»

Pero había evidente hipocresía en suponer que el racismo alemán era nuevo o único. Ya vimos que los alemanes se dejaron convertir al racismo; y nadie debe ignorar que esta política se da con caracteres de enorme gravedad un poco por todo el mundo, antes y después de Hitler. En los Estados Unidos el tema tiene una abrumadora bibliografía, y no pocas alusiones en la prensa y el cine; pero lo cierto es que sigue, y de lejos, sin resolver. Yo me he referido a él no hace mucho en una conferencia que pronto verá la luz (1); y todo el mundo sabe que el pueblo que levantó la bandera del antirracismo (en Europa) está aquejado por el más grave de los complejos raciales, discriminando al negro y al *dago*, al japonés o al indio navajo. Como dice Charlotte LÜTKENS: «todo ello forma una maraña de tenebrosidades medievales y lúgubres pronósticos, de instintos primitivos y necesidades físicas apremiantes, de agitación cautelosa y psicosis colectiva, de historias fantasmales cuchicheadas a los niños y lamentos proferidos por el abuelo sobre los bienes y privilegios perdidos, de rabia impotente sobre el competidor afortunado y miedo a perder, además, el poder político»; todo un hormiguero demoníaco al pie de la estatua de la Libertad.

Pero hay una segunda parte, de la que algún día habrá que hablar *in extenso*. Es la del racismo americano *hacia fuera*; es decir, los catastróficos efectos de la egoísta y llena de prejuicios política norteamericana de emigración. Hoy sabemos que ésta ha sido una de las causas de la agravación de los problemas sociales de la Europa Central, abriéndose una vía empavesada a Hitler; y con razón los autores de «Black Metropolis» se preguntan si esto no es un siniestro vaticinio de lo que pueda llegar a ocurrir en los «ghettos» negros de Yanquilandia. Más directa fué todavía la repercusión sobre el nacionalismo japonés, causa inmediata de la agresión a China y luego a la propia Norteamérica. Un país pobre y casi todo él árido, obligado a sustentar una población 12 veces más densa que la de los Estados Unidos, seis más que Francia, tres más que Italia, se ve cerradas

(1) «Razas y racismo en Norteamérica», en la cátedra RAMIRO DE MAEZTU de la Universidad de Madrid. Aparecerá en breve en las Ediciones Cultura Hispánica.

todas las puertas pacíficas de la expansión (1). Los americanos, envidiosos de los laboriosos y sobrios emigrantes, capaces de trabajar por salarios mínimos, inician en California la agresión desde 1906, con pretextos tan fútiles como el peligro de que los niños blancos se mezclan en las escuelas con los japoneses. Al parecer, una investigación probó que el problema se reducía a 93 niños japoneses, repartidos entre 23 escuelas. Con todo, ello sirvió de pretexto para iniciar los controles a esta emigración, en un país casi *vacío;* no obstante lo cual, reapareció hacia 1920, con lo cual se tomaron medidas para hacerla cesar por completo.

No está de más recordar a este respecto que, cuando se votó en París el famoso Convenant de la Sociedad de Naciones, Japón pidió la inclusión de una cláusula estableciendo el principio de igualdad entre las naciones y su derecho a un tratamiento igual y justo. Lord BALFOUR no tuvo inconveniente en justificar su oposición afirmando que «la proposición de que todos los hombres son creados iguales era una tesis del siglo XVIII, que él no creía fuese cierta». La moción se rechazó con el voto en contra de Inglaterra, Estados Unidos, Polonia, Portugal y Rumania, y votaron a favor: Japón, China, Francia, Italia, Brasil, Checoslovaquia, Grecia y Yugoslavia. Veinte años después...

Claro es que el supuesto militarismo japonés (en Japón hay militares y militaristas, como en todas partes) no explica este trato desfavorable. Bien pacíficos son los chinos: tal vez por eso se les trató aún peor. El Profesor S. GULICK, autor del conmovedor «Asia's appeal to America», escribe: «docenas de chinos han sido asesinados, centenares heridos y millares robados por motivos antiasiáticos, sin protección para las víctimas ni castigo para los culpables». La inmigración china, a pesar de la política reciente de amistad interesada, ha sido totalmente excluída de los Estados Unidos, en flagrante violación de los Tratados de 1868 y 1880, habiendo ello motivado una interesante sentencia de la Corte Suprema, en virtud de cuya jurisprudencia el Congreso de los Estados Unidos no puede quedar vinculado por ninguna clase de Convenios internacionales.

Fenómeno similar se dió en la Unión Sudafricana, donde los chinos tenían que ir con los nativos en los vagones para gente de color, mientras que a los japoneses, siendo enemigos, se les permitía viajar como blancos. Y hemos tocado otro buen «test»: en 1946, la población de esta zona era de 11.4 millones, de ellos 2.3 blancos, 7.8 ne-

(1) V. HINDMERCK: «Ryoichi Ishii Population fressure and Economie life in Japan», 1937.

gros, 92.800 mestizos («coloured») y 285.000 hindúes. Marcel R. REINHARD, de cuyo importante libro «Histoire de la population mondiale de 1700 a 1948» (París, 1949) tomo estos datos, concluye que «esta inferioridad numérica (de los blancos) explica la rudeza de su política con respecto a los negros», frase que sólo tiene sentido respecto de una premisa mayor: la aceptación de los postulados racistas que aquí de todo peca menos de hipocresía, como lo prueban las leyes vigentes, y sobre todo la Native Land Act, de 1913, y la Colour Bar Act, de 1926 (1). Los nativos, que son el 75 por 100 de la población, constituyen el 74 por 100 de los obreros agrícolas, el 89 de los mineros y 60 de los industriales; despojados de la tierra y las minas por los blancos ricos, se ven disputar los buenos empleos por los «pobres blancos». Hasta 1914 hubo un movimiento laborista sudafricano, cuyos líderes eran ingleses y no demasiado mal impresionados respecto de los negros, pero la Primera Guerra Mundial les llevó al campo de batalla, y permitió que fueran reemplazados por los boers, proceso que se acentuó en la Segunda Guerra. Lo cierto es que el actual gobierno de MALAN no deja lugar a dudas respecto de su política, sin defensa esta vez desde una metrópoli que con Smuts ha perdido su última posibilidad de influir (v. S. G. MILLIN, «General Smuts», tomo II). El trato a los indios de Durban no es el capítulo menos grave de la historia de este volcán, que vuelve a ser Cabo de las Tormentas.

André SIEGFRIED, siempre buen observador, ha hecho en su reciente viaje algunas observaciones sobre el racismo sudafricano que me parecen extraordinariamente juiciosas y aplicables a todos los racismos. Frente a la afirmación implícita o explícita de éstos, de una «inferioridad congénita y perpetua» de determinadas razas, la experiencia nos demuestra lo contrario, que «el negro se eleva individualmente cuando está encuadrado en el medio occidental, pero que colectivamente su progreso es mucho más lento... Lo que le falta es menos la formación personal, de la que sería capaz, que la lenta adquisición colectiva que nos suponen a nosotros siglos de civilización»; a la que debemos mucho más que la técnica, el dominio «cuasi hereditario de los métodos científicos, que han llegado a ser entre nosotros prácticas colectivas de rendimiento». En definitiva, sin *racismo* el negro podría elevarse rápidamente, sería un

(1) V. sobre esto, aparte de los datos elaborados por el South African Institute of Race Relations, los libros de: Edgar BROOKES, «The colour problems of South Africa», 1934; Alfred HERNLÉ, «South African native policy and the liberal spirit», 1939; Calpin, «There are no South Africans», 1941; André SIEGFRIED, «Afrique du Sud», 1949.

simple problema de tiempo, de madurez: esto es precisamente lo que no ignora el racismo, intentando egoístamente impedirlo con la «barrera del color», intentando «retrasar arbitrariamente ese ascenso». Sin duda, habría también peligro en acelerarlo, pero aquí, sobre todo, hay injusticia.

Lejano y novelesco, el Pacífico es otro de los grandes escenarios del racismo en gran escala (1). El Profesor Bailey, de la Universidad de Melbourne, muestra cómo Australia empezó siendo la avanzada de la civilización blanca en el Océano Pacífico, se redujo a ser un puesto avanzado de la raza inglesa a partir de 1914, para enarbolar hoy con toda franqueza el lema de «Australia para los australianos». Se han tomado en especial severas medidas para impedir la inmigración de asiáticos, cerrándoles el «continente vacío», mientras aquéllos se ahogan en sus países superpoblados. Verdad es que Nueva Zelanda, por el contrario, ha logrado la paz racial, asimilando a los nativos maoríes, que son sólo el 4,5 por 100 de la población. No hay ningún «colour bar», y el Jefe del Gobierno pudo decir no ha mucho: «Somos dos razas, pero un solo pueblo» (2).

En Europa, por otra parte, lejos de desaparecer con la derrota de Alemania, el racismo se ha agravado en términos terribles. Es curioso que aplastado y muerto Hitler, su vencimiento ha permitido realizar un ideal en parte iniciado por él: llevar a todos los alemanes a reunirse en lo que KRIECK llamaba «la sede linajuda, la casa solariega de una raza aristocrática». Los desplazamientos en masa de personas con criterios raciales, independientemente de toda culpabilidad o responsabilidad individual, lejos de cesar con la caída del III Reich, han sido agravados aún por los vencedores. Hoy parece un juego de niños recordar que Grecia y Bulgaria transfirieron después de 1919 a unas 150.000 personas, e incluso la cifra de millón y medio entre Turquía y Grecia nos parece pequeña, aunque en su tiempo «ce fut l'affaire la plus volumineuse de l'histoire du monde» (Rebasó el millón y medio de expedientes). En efecto: Hitler, de acuerdo con Rusia, movió a 16.000 alemanes de Estonia, 62.000 de Letonia y 185.000 en el Alto Adigio (Tirol italiano). Esto era sólo el comienzo; los convenios rusoalemanes sobre Polonia iniciaron la serie de gigantescas deportaciones de millones de personas (tal vez 5 ó 6 millones de polacos hubieron de dejar sus tierras en Pomerania, Posnania y Alta Silesia, hacia el centro del

(1) V. sobre esto Norman Mc. KENZIE (y otros), «The legal status of Aliens in Pacific countries», 1937. E. GEY VAN PITTIUS, «Nationality within the British Commonwealth of Nations», 1930.

(2) V. W. MOREEL, «New Zealand», 1935.

país; de las deportaciones rusas sólo cabe ejercitar la imaginación, pero han debido de ser colosales en los Países Bálticos y en Polonia). Por otra parte, antes de que se emprendiera la sistemática liquidación de los judíos, unos 400.000 salieron de Alemania (entre 1933 y 1939), de los cuales, al parecer, un 29 por 100 cruzó el Atlántico y un 27 por 100 penetró en Palestina.

Pero al generalizarse la guerra mundial, se han producido movimientos de masas humanas realmente fabulosos (1). Repetimos que son aún menos explicables los que, después de cesar las hostilidades, han movilizado a los desgraciados habitantes de la Prusia Oriental, a los suabos de Hungría (que habían olvidado el idioma alemán), a los sudetes, a los húngaros de Checoslovaquia, a los eslovacos de Hungría... organizando un «pandemonium» en la Europa Central, del que sólo resultan claro las miserias, horrores, lágrimas, torturas inútiles, en un cuadro dantesco de «huída pánica ante la desgracia, el deshonor, la opresión en todas su formas y la muerte, transportes en masa, desmembrando más o menos los grupos familiares y los grupos económicos y sociales, minando las tradiciones y con frecuencia la salud», de suerte que «el éxodo y los traslados forzosos de población se sitúan en el marco de la miseria, del desprecio a los hombres, de la ruina y de la muerte» (REINHARDT, op. cit.). Y los mismos tratados de paz provocan y estimulan el procedimiento..

Pero volvamos al punto de partida. Todo esto, más o menos en nombre de una teoría racista, que pretende que los hombres no son todos hermanos e hijos de Dios, sino que cada grupo se puede arrogar el derecho de abominar y destruir a los demás; y esta doctrina de odio, falsa de arriba abajo en sus pretendidos fundamentos científicos.

En efecto; como observa Pitirim SOROKIN (2), ¿qué queda de las pretensiones pseudocientíficas del racismo? Hoy sabemos que los habitantes de Java tienen mayor capacidad craneana que los japoneses (mucho más civilizados), y los chinos el cerebro más pesado que los europeos. La hipótesis poligenista del género humano —sin la cual el racismo pierde toda su fuerza— sigue siendo una suposición gratuita e improbable. Nadie cree tampoco en la existencia de la raza *aria*, que fué una ilusión de quienes emplearon un método de comparación filológica a lo Max MUELLER, olvidando que la len-

(1) V. el libro citado de REINHARD, pág. 733 y siguientes, y el espeluznante de Francesca M. WILSON, «Aftermath», de la colección «Penguin Books».

(2) V. su excelente análisis en su libro, ya clásico, sobre «Les théories sociologiques contemporaines», traduc. francesa, París, 1938, pág. 205 y siguientes.

gua también se toma prestada o en depósito. El *homo nordicus* aparece en particular como inventado; y los criterios propuestos para la dolicocefalia y la pigmentación, son especialmente endebles. Recordemos de pasada que en la 4.ª edición del libro de GÜNTHER, lo nórdico era el 60 por 100 de la sangre alemana, y en la 15.ª, el 50 por 100, mientras que el racista norteamericano reduce esta proporción al 10 por 100. Por otra parte, las famosas leyes selectivas de AMMON y LAPOUGE pueden evidentemente ser interpretadas de muy distinto modo a como ellos lo hicieron.

Es sabido que GOETHE y BEETHOVEN, dos de los mayores genios alemanes, eran de tez oscura y sin duda alguna nada teutónicos. Tres de los mayores literatos rusos, Dostoievski, Tolstoy y Gorki, presentan acusadísimos rasgos mongólicos; Puchkin era nieto de un negro, y ambos Dumas eran también mulatos. Ocurre que pueblos de la misma raza presentan culturas diferentes, y al contrario. Raza, lenguaje y cultura son tres variables independientes (salvo casos especialísimos, como los esquimales), y toda generalización en este terreno es peligrosísima. En todo caso, GOLDENWEISER afirma que «lo que el antropólogo encuentra es el hombre, a quien nada de lo humano le es ajeno: *todos en absoluto los rasgos fundamentales de la estructura psíquica del hombre se encuentran en todas partes*». Y el gran etnólogo observa finamente que la raza blanca no ha creado varias civilizaciones, sino una sola, sobre las herencias de otras; y en un proceso tan continuo que en realidad constituye un solo acontecimiento histórico, pequeño temporalmente en el curso de la Historia. Bien cercano está, por lo demás, el asombro de Marco Polo ante China, o la rápida evolución del Japón. Nótese también que, así como los animales domesticados difieren entre sí más que los salvajes, así la raza blanca es la más diferenciada entre las humanas. Pero así como el perro reconoce siempre al perro, el hombre «parece estar menos inclinado a reconocer a su semejante, a pesar de que el contraste no sea tan grande». Y en esto, evidentemente, el civilizado retrocede.

Es absurdo, en vista de lo expuesto, aparear series tan diversas como las de raza y cultura. Este simplismo no es lícito, pues, como observan OGBURN y NIMKOFF, son muchos más los factores que se entrecruzan. La Historia, por otra parte, ha variado y varía tan rápidamente los liderazgos y las hegemonías... Los mismos sociólogos citados recuerdan en su clásico «Handbook of Sociology», que los pueblos no siempre crean sus propias culturas; el tipo de civilización que poseen no es necesariamente el resultado de su capacidad heredada.

Confesemos, pues, que «las razas humanas son *obra social, siempre social*, no puramente biológica, menos aún geográfica» (A. CASO: «Sociología»). Por eso, so pena de integrar dentro de la idea de raza toda la estructura social, hay que reconocer que «la raza no es una unidad concreta ni coordinada; es un concepto vago, impreciso, indefinido..., a tal punto que, hoy por hoy, es preciso renunciar a determinar con precisión la influencia que el factor raza juega en la vida social» (A. POVIÑA: «Cursos de sociología»).

Pero el racismo, ya lo vemos, no atiende a razones. Con unas u otras formas, sigue haciendo daño; y es especialmente absurda la tenacidad de muchos blancos en el error, en «un mundo en el que predomina el *color*, y al que ya no amedrenta la magia asesina del hombre blanco» (BROGAN). HERTZ, el gran especialista del tema, no vacila en escribir estas líneas terribles: «es claro que si fuese cierto que los hombres en general, o los blancos en particular, son seres tan peleones, envidiosos e irracionales que no pueden vivir al lado del hombre de diferente color de la piel, sin el más grave peligro para el orden social, entonces la única salida sería mantener separadas a las razas. Los pueblos de color, que alcanzan a más de la mitad de la población del globo, deberían en ese caso ser también autorizados a excluir a los blancos de sus países».

No es demasiado interesante a este respecto el investigar aquí las cifras y posibilidades de las distintas razas, siguiendo el camino sensacionalista de STODDARD o de EAST, o el mucho más serio de BARÓN CASTRO. Más próximo a la Demografía que a la Sociología, el tema roza, sin embargo, con el nuestro en un punto: el racismo blanco, montado sobre la hegemonía política de Europa, ¿podrá mantenerse después del fin de ésta, o dejará paso —a falta de la comprensión mutua— a una serie de luchas raciales, cuya bestialidad superará a todas las demás? Lo que fué, por ejemplo, la lucha entre negros y franceses en Haití, puede ser un índice. Pero, desde luego, la cómoda opinión de HUNTINGTON, de que los pueblos de color, concentrados en zonas tropicales, difícilmente llegarán a ser terribles; y que PITKIN formula con toda desfachatez, hablando de «la curiosa tendencia a hablar mucho y hacer poco» de los meridionales, cuya capacidad de acción «se estrella en un termómetro que marca 90° F., en la sombra, semana tras semana», pueden dar más de una desagradable sorpresa. El propio EAST reconoce que «el resultado final no lo sabe nadie», y propone, ¡oh, maravilla!, «iniciar una propaganda conveniente, que tienda a encauzar la reproducción de aquellas gentes en los límites convenientes». En todo caso, recordemos las palabras de DUBOIS: «estas razas y pueblos for-

man una gran mayoría de la humanidad y sufrirán una dominación en tanto no puedan desligarse de ella, pero después lucharán y la guerra de razas sobrepujará en salvajismo a todas las guerras que hasta ahora ha presenciado el mundo, porque los hombres de color recordarán muchas cosas muy difíciles de olvidar».

Por lo pronto, el comunismo ha levantado ya la bandera del antirracismo en todo el mundo, y hay que reconocer que los pueblos asiáticos de la U. R. S. S. son ya el campo de más de un experimento interesante; y observadores extranjeros objetivos se han impresionado ante los resultados obtenidos sobre tribus atrasadísimas. Algo parecido está ocurriendo con el indigenismo en Hispanoamérica, y es menester anticiparse a este proceso, que colocará a grandes masas en el bando del marxismo mundial.

J. MERLE DAVIES, en un libro importante, titulado «Modern industry and the African» (1933), ha observado que el problema se plantea hoy en una fase aguda. En efecto, hasta primeros de este siglo los países coloniales se vieron reducidos a una explotación de tipo especial, anterior a la etapa industrial; pero desde que se empezó la industrialización, las cosas han cambiado mucho. La situación, que el autor estudia en Africa (fechando en Rhodesia y en 1906 el nuevo período) es similar en otras partes. El caso de la India es especialmente interesante. Se trata de una experiencia nueva: el hombre de color establece un nuevo contacto con el blanco en el marco de la industrialización, muy distinto del de las viejas plantaciones y caravanas. Van entrando en ello nuestra técnica y muchas de nuestras necesidades y costumbres; pero, en lugar de aproximación, ha habido choque, y el prestigio del blanco ha bajado. El negro ha comprendido que el blanco le supera por una técnica manejable y capaz de aprendizaje, y empieza a ver que otras tierras podrán llegar a ser tan poderosas o más que Europa. No sabemos lo que quedará en el mundo después de una guerra atómica, y si tal vez, como vaticina humorísticamente FABRE-LUCE, un historiador pigmeo no hablará en el siglo próximo del Instituto Gallup con el mismo asombro que nosotros de los antiguos horóscopos... VALERY lo dijo: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales», y aun añade: «Vemos ahora que el abismo de la historia es suficiente para el mundo entero. Sentimos que una misma civilización tiene la misma fragilidad que una vida.»

Peligro, pues, y grave, en el racismo. No es el único de nuestro tiempo. Pero sí uno de los más lamentables. Claro es que, por otra parte, no hay nada malo de modo absoluto y total, y tal vez de este gran error y grave pecado quede algo bueno. Si no hay dife-

rencias innatas e irreparables, sí hay *diferencias* entre las razas, las clases y los individuos; y si un aristocratismo biológico es falso, no lo es menos el mito ultrademocrático, que hace tabla rasa de estas diferencias, en perjuicio de los débiles. Si es exagerado hablar de un *alma racial*, como de toda conciencia colectiva, no cabe duda que aquellas diferencias tienen *cierta repercusión* en los rasgos mentales y psicológicos de los grupos humanos, como acusan los «test» de masas. Es indudable que la selección social existe, como lo prueban los cambios de composición étnica de las poblaciones históricas, como las de Grecia y Roma. Finalmente, y sin adelantar juicios de valor, es evidente que blancos y negros son *distintos*, hoy por hoy, en su obra histórica, etc.

En este sentido, puede admitirse con limitaciones la conclusión de R. B. DIXON: «Hay una diferencia entre los tipos humanos fundamentales en calidad, en capacidad fundamental, en moralidad, en todo lo que hace grande a un pueblo. Lo creo cierto, por más que puedan decir los abogados de la uniformidad del hombre» («The racial history of man», Nueva York, 1923, pág. 518). Pero estas ideas de *superioridad* e *inferioridad* relativa, como muy bien observa Carlos A. ECHANOVE TRUJILLO en su «Diccionario abreviado de Sociología» (La Habana, 1944) han de referirse —so pena de salirse de la ciencia— «a grupos socialmente determinados y tomados *en un momento dado*...», pero entonces resulta que la noción de raza se confunde con la de *pueblo* y que, además, es esencialmente psicológica».

De aquí puede arrancar una nueva y fecunda actitud, que está produciendo ya óptimos frutos en la sociología hispanoamericana. Un momento de intuición genial convirtió el 12 de octubre en Fiesta de la Raza. Algunos se han escandalizado y han preguntado de qué raza. Y sin embargo, ahí está el problema: del colosal experimento de un mestizaje de razas y culturas tan dispares como el conquistador ibero y el indio americano, en su fantástica variedad, acabará por fraguarse una nueva raza. El gran sociólogo CASO, reconociendo que el proceso está aún en curso, dice que la «Edad Media no puede haber concluído en la América Latina; que la raza arqueológica sigue viviendo fuera de la civilización general; que la lengua y la religión, el alma colectiva de los conquistadores no se expresa ni entiende por los indios; que los criollos y mestizos segregados del resto del grupo demográfico no han podido ni sabido formar con los indígenas un pueblo (en la castiza acepción sociológica del vocablo), y que la emancipación, el movimiento democrático y las conmociones socialistas contemporáneas han tenido que ser

prematuros, frustrándose». Pero eso mismo demuestra que si la emancipación fué prematura, no se puede detener a la vida, que encontrará sus cauces: y la única solución deseable es que el experimento no se interrumpa, en aras de un falso racismo, sino que se continúe lo que MAEZTU llamó, en frase genial, la «sinfonía interrumpida». Excluyendo a Chile, Argentina y Uruguay, el problema no admite escape: de suerte que se puede afirmar con el propio CASO que «en México y los otros pueblos hispanoamericanos, la raza no es sólo el factor, sino el *factotum* de los fenómenos sociales».

Pero ¿qué raza?, repetimos. Y es claro que no son las previas, las arqueológicas; es la de *ahora*, la hispanoamericana, con los matices de cada grupo nacional. Pocos como FUENTES MARES, en su reciente y fino libro «México en la Hispanidad» (Madrid, 1949) lo han sabido expresar. El autor considera «al problema de la raza no sólo como uno de los grandes temas de nuestro tiempo, sino lo que es más, como uno de los que mejor ligados se encuentran a nuestra personal y nacional incumbencia». En efecto; «del hecho de que no existan para la ciencia las llamadas *razas puras* no se desprende que las razas dejen de existir, sólo que esta su virtual existencia es un hecho que cae mucho más en el campo de la historia y la cultura que dentro del cerrado círculo de las ciencias naturales». En efecto; como muy bien observa FUENTES MARES, la herencia no es un fenómeno puramente biológico: por eso si es negar la evidencia que haya *razas*, es mucho más absurdo pretender reducirlas a una derivación biológica (con fines, eso sí, políticos y nacionalistas). «Creemos, en fin, en la raza como *estilo colectivo de la vida*, en la raza como personalidad, como estilo vital propio, compartido por los miembros de un grupo humano concreto»; y aun llega FUENTES MARES a aventurarse a hablar del «ser cultural de la raza como ser común». Tal es «la América de hoy, mestiza, india y española a la vez», en la que cabe, frente al pesimismo de un racismo biológico, que condenase *a priori* el gran experimento al fracaso, un auténtico *mito* (nosotros preferiríamos decir *una fe)* racial de la Hispanidad; basado en la consigna de «*ser para hacer*... y *hacer para ser*», porque si desde un punto de vista naturalista las razas son para hacer, naturalmente las razas hacen, «actúan para llegar a ser». Y este mito o fe no teme a la crítica positivista: sabe ya que tal vez lo reprocharán «quienes, con pretensiones *científicas*, no tuvieron empacho en admitir el declarado racismo de Rosemberg y Gobineau, o bien el racismo inconfesado de los angloamericanos de hoy, que por fuerza les mantiene alejados de nuestra simpatía, muy a pesar de sus repetidas protestas de buena vecindad». Y el ilustre escritor

mexicano, después de establecer la decisiva distinción entre el *indigenismo de importación o político* (indigenismo político) (1) y el *indigenismo nacional o moral* (política indigenista) —donde se abre un venero importantísimo de líneas de ataque—, concluye que el «racismo de la Hispanidad implica la sangre y la naturaleza sólo en último término, pues el primero lo ocupan la Historia y la cultura, el estilo compartido y el común estilo colectivo, o sea la *raza como modo de ser.*»

Resonancias de MAEZTU y MORENTE nos llegan tras esta prolongada, pero merecida cita. A riesgo de salirnos un poco del riguroso método que nos trazamos, hasta aquí había que llegar... ¡Plus Ultra!

Manuel Fraga Iribarne.
Ferraz, 63.
MADRID (España).

(1) Siempre lejano a la verdadera ciencia. V. el divertido, pero sólido «Adversus Arciniegas», México, 1946, de Pedro González Blanco.